

VÍCTOR AGRAMUNT OLIVER

**BREVE ANTOLOGÍA  
DE POESÍA EN CASTELLANO  
III**



**U.M.E.R.**

UNIVERSIDAD DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA

SEDE SOCIAL: C/ ABADA, 2 5º 4-A

28013 MADRID

[www.umer.es](http://www.umer.es)

Breve antología de poesía en castellano

VÍCTOR AGRAMUNT OLIVER

*Madrid, 2019*

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca  
Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A  
28013 Madrid  
Maquetación: CREIN S.L..Telf.: 91 758 83 23

# BREVE ANTOLOGÍA DE POESÍA EN CASTELLANO

(RECITAL POÉTICO OFRECIDO POR EL AUTOR EN LA UNIVERSIDAD  
DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 25 DE ABRIL DE 2019)

El lenguaje poético castellano, el lirismo, aparece al tiempo que inician su andadura las lenguas romances a través de jarchas y cantares de gesta mozárabes, y se va afianzando en el tiempo, sobre todo con epopeyas, leyendas y relatos piadosos versificados. A título de muestra, veamos cómo se expresaba hacia el siglo XII un juglar anónimo en el “Cantar de Mío Cid”:

*La oración fecha  
la misa acabado la an  
salieron de la elesia  
ya quieren cavalgar.  
El Cid a doña Ximena  
ívala abrasar;  
doña Ximena al Cid  
la manol va besar,  
llorando de los ojos  
que non sabe que se far.  
E él a las niñas  
tornolas a catar:  
a Dios vos acomiendo  
e al padre espirital.  
Agora nos partimos  
Dios sabe el ajuntar.*

Ya en el siglo XIII, el clérigo Gonzalo de Berceo describía así a un “labrador avaro”:

*Era en una tierra un omme labrador,  
que usava la reia más que otra lavor:  
mas amava la tierra que non al Criador,  
era de muchas guisas omme revolvedor.  
facie una nemiga, faziela por verdat,  
cambiaba los mojonos por ganar eredat:  
facie a todas guisas tuerto e falsedat,  
avíe mal testimonio entre su vecindat.*

Para adentrarnos en el siglo XIV nada mejor que escuchar uno de los anónimos “romances viejos”, “El romance del prisionero”:

*Que por mayo era, por mayo,  
cuando hace la calor,  
cuando los trigos encañan  
y están los campos en flor,  
cuando canta la calandria  
y responde el rui señor,  
cuando los enamorados  
van a servir al Señor;  
sino yo, triste, cuitado,  
que vivo en esta prisión;  
que ni sé cuándo es de día  
ni cuando las noches son,  
sino por una avecilla  
que me cantaba al albor.  
Matómela un balletero;  
¡dele Dios mal galardón!*

En el siglo XV, entre diversas obras anónimas y nombres insignes, como Alfonso X, López de Ayala, el Marqués de Santillana, el Arcipreste de Hita o Juan de Mena, me inclino por destacar las emotivas y bellísimas coplas que Jorge Manrique dedica a su padre muerto:

Recuerde el alma dormida,  
avive el seso e despierte  
contemplando  
cómo se pasa la vida,  
cómo se viene la muerte  
tan callando.

Cuán presto se va el placer,  
como, después de acordado,  
da dolor.

Cómo, a nuestro parescer,  
cualquiera tiempo pasado  
fue mejor.

Pues si vemos lo presente  
cómo en un punto s'es ido  
e acabado,  
si juzgamos sabiamente,  
daremos lo non venido  
por pasado.

No se engañe nadie, no,  
pensando que ha de durar  
lo que espera  
más que duró lo que vió,  
pues que todo ha de pasar  
por tal manera.

Nuestras vidas son los ríos,  
que van a dar a la mar,  
que es el morir;  
allí van los señoríos  
derechos a se acabar  
e consumir.

Allí los ríos caudales,  
allí los otros medianos  
e más chicos,  
allegados, son iguales  
los que viven por sus manos  
e los ricos.

En los siglos XVI y XVII, llamados con justicia “Siglos de Oro” haré un primer homenaje a Garcilaso de la Vega, considerado un clásico ya en su tiempo y elogiado o imitado desde San Juan de la Cruz hasta Lope de Vega y Miguel de Cervantes, entre otros. Dice así el poeta toledano:

*Como al partir el sol la sombra crece  
y en cayendo su rayo, se levanta  
la negra oscuridad que el mundo cubre,  
de do viene el temor que nos espanta,  
y la medrosa forma en que se ofrece  
aquello que la noche nos encubre,  
hasta que el sol descubre  
su luz pura y hermosa;  
tal es la tenebrosa  
noche de tu partir, en que he quedado  
de sombra y de temor atormentado,  
hasta que muerte el tiempo determine  
que al ver el deseado  
sol de tu clara vista me encamine.*

El misticismo poético alcanzó sus cotas más elevadas en Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León y San Juan de la Cruz, y volvió a brillar un siglo después en Méjico, con Sor Juana Inés de la Cruz. Pero ciñámonos, de momento, al siglo XVI y conozcamos cómo se expresaban. Primero, Santa Teresa:

*Vivo sin vivir en mí.  
Y tan alta vida espero,  
que muero porque no muero.  
Aquesta divina unión,  
del amor con que yo vivo,  
hace a Dios ser mi cautivo,  
y libre mi corazón;  
mas causa en mi tal pasión  
ver a Dios mi prisionero,  
que muero porque no muero.  
¡Ay que larga es esta vida!  
¡Que duros estos destierros*

*esta cárcel y estos hierros  
en que el alma está metida!  
Sólo esperar la salida  
me causa un dolor tan fiero  
que muero porque no muero.  
¡Ay, que vida tan amarga  
do no se goza el Señor!  
Y si es dulce el amor,  
no lo es la esperanza larga;  
quíteme Dios esta carga,  
más pesada que el acero,  
que muero porque no muero.  
Sólo con la confianza vivo  
de que he de morir;  
porque muriendo, el vivir  
me asegura mi esperanza;  
muerte do el vivir se alcanza  
no te tardes que te espero,  
que muero porque no muero.*

Oigamos ahora a Fray Luis de León:

*¡Qué descansada vida  
la del que huye del mundanal ruido  
y sigue la escondida senda  
por donde han ido  
los pocos sabios que en el mundo han sido.  
Que no le enturbia el pecho  
de los soberbios grandes del estado,  
ni del dorado techo  
se admira, fabricado  
del sabio moro, en jaspe sustentado!  
No cura si la fama  
canta con voz su nombre pregonera,  
ni cura si encarama*



*la lengua lisonjera  
lo que condena la verdad sincera.*

Y cierra esta tríada poética San Juan de la Cruz:

*¡O llama de amor viva  
que tiernamente hyeres  
de mi alma en el más profundo centro!  
Pues ya no eres esquiva,  
acaba ya, si quieres;  
rompe la tela de este dulce encuentro.  
¡O cauterio suave!  
¡O regalada llaga!  
¡O mano blanda! ¡O toque delicado,  
que a vida eterna save  
y toda deuda paga!  
Matando muerte, en vida la as trocado.  
¡O lámparas de fuego,  
en cuyos resplandores  
las profundas cabernas del sentido  
que estaba obscuro y ciego,  
con estraños primores,  
calor y luz dan junto a su querido!  
¡Cuán manso y amoroso  
recuerdas en mi seno  
donde secretamente solo moras  
y en tu aspirar sabroso  
de bien y gloria lleno  
quán delicadamente me enamoras.*

Miguel de Cervantes Saavedra va a servir de puente entre el Renacimiento y el Barroco.

Así como fue ensalzado y admirado desde un primer momento por “Don Quijote”, su obra cumbre, como poeta nunca fue valorado con justicia. Quizá eclipsado por la propia grandeza del “ingenioso hidalgo”, quizá por ser contemporáneo de Lope de Vega, - el fénix de los ingenios, monstruo de naturaleza – o

quizá porque no se prodigó en la poesía... Sin embargo, Cervantes incluyó en “El Quijote”, en el capítulo del Caballero del Verde Gabán, un poema de una belleza y fuerza extraordinarias. Parece ser que estos versos los compuso durante su largo y doloroso cautiverio en Argel y, sin duda, están escritos con el alma. Hagámosle justicia escuchándolos:

*Al fin, como todo pasa,  
se pasó el bien que me dió  
fortuna, un tiempo no escasa,  
y nunca me le volvió,  
ni abundante, ni por tasa.  
Siglos ha ya que me ves  
fortuna, puesto a tus pies;  
vuélveme a ser venturoso  
que será mi ser dichoso  
si mi fue tornase a es.  
No quiero otro gusto o gloria  
otra palma o vencimiento,  
otro triunfo, otra victoria,  
sino volver al contento  
que es pesar en mi memoria.  
Si tu me vuelves allá,  
fortuna, templado está  
todo el rigor de mi fuego,  
y más si este bien es luego  
sin esperar más será.  
Cosas imposibles pido  
pues volver el tiempo a ser  
después que una vez ha sido,  
no hay en la tierra poder  
que a tanto se haya extendido.  
Corre el tiempo, vuela y va  
ligero, y no volverá.  
Y erraría el que pidiese,  
o que el tiempo ya se fuese*

*o viniese el tiempo ya.  
Vivir en perpleja vida,  
ya esperando, ya temiendo,  
es muerte muy conocida.  
Y es mucho mejor muriendo  
buscar al dolor salida.  
A mi me fuera interés  
acabar; mas no lo es,  
pues, con discurso mejor,  
me da la vida el temor  
de lo que será después.*

Y llegamos a Lope de Vega y Carpio, autor prolífico en todos los géneros literarios.

De su vasta obra no resulta fácil hacer una selección. Sin embargo, me he decidido por dos ejemplos con matices muy diferentes. De “La niña de plata”, “Un soneto de repente”:

*Un soneto me manda hacer Violante;  
en mi vida me he visto en tal aprieto.  
Catorce versos dicen que es soneto;  
burla burlando van los tres delante.  
Yo pensé que no hallara consonante,  
y estoy a la mitad de otro cuarteto;  
mas si me veo en el primer terceto,  
no hay cosa en los cuartetos que me espante.  
Por el primer terceto voy entrando,  
y aun parece que entre con pie derecho.  
Pues fin con este verso le voy dando.  
Ya estoy en el segundo, y aun sospecho  
que estoy los trece versos acabando:  
contad si son catorce, y está hecho.*

Y ahora una descripción apasionada del amor:

*Desmayarse, atreverse, estar furioso,  
aspero, tierno, liberal, esquivo,  
alentado, mortal, difunto, vivo,  
leal, traidor, cobarde, animoso.  
No hallar, fuera del bien, centro y reposo.  
Mostrarse alegre, triste, humilde, altivo,  
enojado, valiente, fugitivo,  
satisfecho, ofendido, receloso.  
Huir el rostro al claro desengaño,  
beber veneno por licor suave,  
olvidar el provecho, amar el daño.  
Creer que un cielo, en un infierno cabe.  
Dar la vida y el alma a un desengaño:  
esto es amor. Quien lo probó lo sabe.*

Aunque me he referido a ella al hablar de los místicos del siglo XVI, Sor Juana Inés de la Cruz ocupa su justo lugar en el XVII, ya menos sustentada en lo divino y, por lo tanto, más próxima a todo lo terrenal:

*Hombres necios, que acusáis  
a la mujer sin razón,  
sin ver que sois la ocasión  
de lo mismo que culpáis.  
Si con ansia sin igual  
solicitais su desdén,  
¿porqué queréis que obren bien  
si las incitais al mal?  
Combatís su resistencia,  
y luego, con gravedad,  
decís que fue liviandad  
lo que hizo la diligencia.  
Parecer quiere el denuedo  
de vuestro parecer loco  
al niño que pone el coco  
y luego le tiene miedo.*

*Queréis con presunción necia  
hallar a la que buscáis,  
para pretendida, Thais.  
Y en la posesión Lucrecia.  
Dejad de solicitar  
y después con más razón  
acusaréis la afición  
de la que os fuere a rogar.  
Bien con muchas armas fundo  
que lidia vuestra arrogancia,  
pues en promesa e instancia  
juntáis diablo, carne y mundo.*

Para cerrar esta pequeña muestra de los grandes poetas del siglo XVII no podía olvidarme del contestatario y corrosivo Francisco de Quevedo. Sobre la censura dice:

*No he de callar por mas que con el dedo,  
ya tocando la boca o ya la frente,  
silencio avises o amenazas miedo.  
¿No ha de haber un espíritu valiente?  
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?  
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?  
Hoy, sin miedo que, libre, escandalice,  
puede hablar el ingenio, asegurado  
de que mayor poder le atemorice.  
En otros siglos pudo ser pecado  
severo estudio y la verdad desnuda  
y romper el silencio el bien hablado.  
Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,  
que es lengua la verdad de Dios severo,  
y la lengua de Dios nunca fue muda.*

Y sobre el dinero nos dice:

*Madre, yo al oro me humillo,  
él es mi amante y mi amado,  
pues de puro enamorado  
anda continuo amarillo.*

*Que pues doblon o sencillo  
hace todo cuanto quiero,  
poderoso caballero  
es don Dinero.*

*Es tanta su majestad,  
aunque son sus duelos hartos,  
que con estar hecho cuartos  
no pierde su calidad.*

*Pero pues da autoridad  
al gañan y al jornalero,  
poderoso caballero  
es don Dinero.*

*Más valen en cualquier tierra  
(mirad si es harto sagaz)  
sus escudos en la paz  
que rodelas en la guerra.*

*Pues al natural destierra  
y hace propio al forastero...  
poderoso caballero  
es don Dinero.*

En el siglo XVIII, con el racionalismo y la ilustración de fondo, los prerrománticos convivieron con la crítica satírica de Torres de Villarroel y la fabulación didáctica de Tomás de Iriarte. No puedo resistirme a mostrar aquí algún ejemplo de estos singulares autores. Con su aguda ironía nos dice Torres de Villarroel:

*Dícese de Quevedo que fue claro,  
y que en algunas coplas fue obsceno;  
Góngora puede ser que fuese bueno,  
pero ya sus comentarios le hacen raro.*

*El Calderón que nos lo venden caro,  
sólo de lo amatorio fue muy lleno,  
y nos dejó en la cómica un veneno  
que nos hemos bebido sin reparo.  
La idea de Juan Pérez fue abatida,  
de Solís intrincada, ¡Infeliz suerte!  
¡Oh, ciencia pobre! ¡Facultad perdida!  
¡Mundo borracho, que al barón más fuerte  
después de ajarlo, miserable, en vida,  
predicas estas honras en su muerte!*

Y Tomás de Iriarte nos presenta al “Burro Flautista”:

*Esta fabulilla,  
salga bien o mal,  
me ha ocurrido ahora...  
por casualidad.  
Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar,  
pasaba un borrico...  
por casualidad.  
Una flauta en ellos  
halló, que un zagal  
se dejó olvidada...  
por casualidad.  
Acercose a olerla  
el dicho animal  
y dio un resoplido...  
por casualidad.  
En la flauta el aire  
se hubo de colar  
y sonó la flauta...  
por casualidad.  
“¡Oh. —dijo el borrico—  
qué bien sé tocar!  
¡Y dirán que es mala*

*la música asnal!"*  
*Sin regla del arte,*  
*borriquitos hay,*  
*que una vez aciertan...*  
*por casualidad.*

Estos autores enlazaron el siglo XVIII con el XIX, dando paso a un movimiento poético, el romanticismo, que impregnaría y caracterizaría no sólo a la literatura, y al arte en general, sino también a la moda y las costumbres de toda una sociedad. Ciñéndome a la poesía, destacaré varios nombres, por la notable popularidad que alcanzaron entonces, y que persiste en nuestros días. José de Espronceda nos legó versos como éstos:

*¿Por qué volvéis a la memoria mía,*  
*tristes recuerdos del placer perdido,*  
*a aumentar la ansiedad y la agonía*  
*de este desierto corazón herido?*  
*¡Ay, que de aquellas horas de alegría*  
*le quedó al corazón sólo un gemido,*  
*y el llanto que al dolor los ojos niegan,*  
*lágrimas son de hiel que el alma anegan.*  
*¿Dónde volaron, ay, aquéllas horas*  
*de juventud, de amor y de aventura,*  
*regaladas de músicas sonoras,*  
*adornadas de luz y de hermosura?*

José Zorrilla dedicó una sentida elegía a Mariano José de Larra. A ella pertenecen estos versos:

*Si existe un remoto cielo*  
*de los poetas mansión,*  
*y sólo le queda al suelo*  
*este retrato de hielo,*  
*fetidez y corrupción.*  
*¡Digno presente por cierto*  
*se deja a la amarga vida!*  
*¡Abandonar un desierto*  
*y darle a la despedida*



*la fea prenda de un muerto!*  
*Poeta, si en el no ser*  
*hay un recuerdo de ayer,*  
*una vida como aquí,*  
*detrás de ese firmamento...*  
*conságrame un pensamiento*  
*como el que tengo de ti.*

A Ramón de Campoamor le recordamos, sobre todo, por “El Tren Expreso”.  
Oigamos un fragmento:

*Mi carta que es feliz, pues va a buscaros,*  
*cuenta os dará de la memoria mía.*  
*Aquel fantasma soy que, por gustaros,*  
*jugó a estar viva a vuestro lado un día.*  
*Cuando lleve esta carta a vuestro oído*  
*el eco de mi amor y mis dolores,*  
*el cuerpo que en mi espíritu ha vivido,*  
*ya durmiendo estará bajo unas flores.*  
*¡Por no dar fin a la ventura mía*  
*la escribo larga, casi interminable!*  
*Hundiéndose, al morir, sobre mi frente*  
*el palacio ideal de mi quimera...*  
*de todo mi pasado, solamente*  
*esta pena que os doy, borrar quisiera.*

Gustavo Adolfo Bécquer queda cumplidamente representado con esta celebradísima poesía:

*Volverán las oscuras golondrinas*  
*en tu balcón sus nidos a colgar,*  
*y otra vez con el ala a sus cristales*  
*jugando llamarán.*  
*Pero aquellas que el vuelo refrenaban*  
*tu hermosura y mi dicha a contemplar,*  
*aquellas que aprendieron nuestros nombres...*  
*¡Esas... no volverán!*

*Volverán las tupidas madre selvas  
de tu jardín las tapias a escalar,  
y otra vez a la tarde más hermosa  
sus flores se abrirán.*

*Pero aquellas cuajadas de rocío  
cuyas gotas mirábamos temblar  
y caer como lágrimas del día...  
¡Esas... no volverán!*

*Volverán del amor a tus oídos  
las palabras ardientes a sonar;  
tu corazón de su profundo sueño  
tal vez despertará.*

*Pero mudo y absorto, y de rodillas  
como se adora a Dios ante su altar,  
como yo te he querido, desengáñate...  
¡Así... no te querrán!*

Desde las lejanas Antillas, José Martí, la voz del pueblo, nos dice:

*Yo soy un hombre sincero  
de donde crece la palma,  
y antes de morirme quiero  
echar mis versos del alma.  
Yo vengo de todas partes,  
y hacia todas partes voy;  
arte soy entre las artes;  
en los montes, monte soy.  
Alas nacer vi en los hombros  
de las mujeres hermosas;  
y salir de los escombros  
volando las mariposas.  
He visto vivir a un hombre  
con el puñal al costado  
sin decir jamás el nombre  
de aquella que lo ha matado.*

*Callo, y entiendo, y me quito  
la pompa de rimador:  
cuelgo de un árbol marchito  
mi muceta de doctor.*

La poetisa gallega Rosalía de Castro dedica unos delicados versos en castellano a “Las Campanas”:

*Yo las amo, yo las oigo...  
cual oigo el rumor del viento,  
el murmurar de la fuente  
o el balido del cordero.  
Como los pájaros, ellas,  
tan pronto asoma en los cielos  
el primer rayo del alba,  
le saludan con sus ecos.  
Y en sus notas, que van prolongándose  
por los llanos y los cerros,  
hay algo de candoroso,  
de apacible y de halagüeño.  
Si por siempre enmudecieran,  
¡Que tristeza en el aire y en el cielo!  
¡Que silencio en las iglesias!  
¡Que extrañeza entre los muertos!*

Tener que resumir, ya iniciado el siglo XXI, la abundante producción poética que nos ha legado el siglo XX, resulta un ejercicio doloroso porque, en una breve antología, inevitablemente, deberán quedarse fuera muchos nombres.

El punto de partida hacia el siglo XX es, sin duda, la llamada generación del 98, pero evitando las etiquetas –también la del 27- y, armoniosamente agrupados, he seleccionado sólo algunos nombres para que representen a tan excelsas generaciones de poetas. Aunque, eso sí, este recital se detendrá antes de finalizar el siglo XX, no por desidia u olvido, sino porque es cuanto puede abarcar en una hora esta “Breve antología de poesías en castellano”, reservando para otro recital el periodo correspondiente a los poetas contemporáneos.

Reanudemos pues esta andadura en Nicaragua, a caballo entre dos siglos, con Rubén Darío, maestro del refinamiento:

*Yo soy aquel que ayer no más decía  
el verso azul y la canción profana,  
en cuya noche un ruiseñor había  
que era alondra de luz por la mañana.  
El dueño fui de mi jardín de sueño  
lleno de rosas y de cisnes vagos;  
el dueño de las tórtolas, el dueño  
de góndolas y liras en los lagos;  
y muy siglo dieciocho, y muy antiguo,  
y muy moderno: audaz, cosmopolita,  
con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo,  
y una sed de ilusiones infinita...  
Yo supe de dolor desde mi infancia,  
mi juventud... ¿Fue juventud la mía?  
Sus rosas aún me dejan su fragancia...  
una fragancia de melancolía.*

De vuelta a “la madre patria”, los primeros nombres que atraen mi atención son Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez y León Felipe.

Machado, poeta humanista, nos habla del pasado efímero de un hombre que, en realidad “no es de ayer ni es de mañana sino de nunca”.

*Este hombre del casino provinciano  
que vio a Carancha recibir un día,  
tiene mustia la tez, el pelo cano,  
ojos velados por melancolía;  
bajo el bigote, labios de hastío,  
y una triste expresión, que no es tristeza,  
sino algo más o menos: el vacío  
del mundo en la oquedad de su cabeza.  
Aún luce de corinto terciopelo,  
chaqueta y pantalón abotinado,  
y un cordobés color de caramelo,*

*pulido y torneado.  
Tres veces heredó; tres ha perdido  
al monte su caudal; dos ha enviudado.  
Sólo se anima ante el azar prohibido,  
sobre el verde tapete reclinado,  
o al evocar la tarde de un torero,  
la suerte de un tahúr, o si alguien cuenta  
la azaña de un gallardo bandolero,  
o la proeza de un matón, sangrienta.  
Bosteza de política, banales  
dicterios al gobierno reaccionario,  
y augura que vendrán los liberales,  
cual torna la cigüeña al campanario.  
Un poco labrador, del cielo aguarda  
y al cielo teme; alguna vez suspira,  
pensando en su olivar, y al cielo mira  
con ojo inquieto, si la lluvia tarda.  
Lo demás, taciturno, hipocondriaco,  
prisionero en la Arcadia del presente,  
le aburre; sólo el humo del tabaco  
simula algunas sombras en su frente.  
Este hombre no es de ayer ni es de mañana,  
sino de nunca; de la cepa hispana  
no es el fruto maduro ni podrido,  
es una fruta vana  
de aquella España que pasó y no ha sido,  
esa que hoy tiene la cabeza cana.*

De Juan Ramón Jiménez, siempre vinculado a su tierno “Platero”, una poesía que defiende lo distinto:

*Lo querían matar los iguales  
porque era distinto.  
Si veis un pájaro distinto, tiradlo;  
si veis un monte distinto, caedlo;  
si veis un camino distinto, cortadlo;*

*si veis una rosa distinta, deshojadla;  
si veis un río distinto, cegadlo;  
si veis un hombre distinto, matadlo.  
¿Y el sol y la luna  
dando en lo distinto?  
Altura, olor, largor, frescura, cantar,  
vivir distinto de lo distinto;  
lo que sea , que eres distinto  
-monte, camino, rosa, río, pájaro, hombre-  
si te descubren los iguales,  
huye a mí,  
ven a mi ser, mi frente, mi corazón distintos.*

Oigamos ahora a León Felipe:

*Yo no sé muchas cosas, es verdad.  
Digo tan sólo lo que he visto.  
Y he visto;  
que la cuna del hombre  
la mecen concuentos,  
que los gritos de angustia del hombre  
los ahogan con cuentos,  
que el llanto del hombre  
lo taponan con cuentos,  
que los huesos del hombre l  
os entierran con cuentos,  
y que el miedo del hombre  
ha inventado todos los cuentos.  
Yo sé muy pocas cosas, es verdad.  
Pero me he dormido con todos los cuentos...  
y sé todos los cuentos.*

Sus primeras obras –un libro de prosa poética y una pieza dramática- tuvieron una tibia acogida, pero años después, la presentación de su “Romancero Gitano”, un texto entre la poesía culta y la poesía popular, le hizo saborear su primer éxito literario. De Federico García Lorca, “Romance Sonámbulo”:

*Verde que te quiero verde.  
Verde viento, verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.  
Con la sombra en la cintura  
ella sueña en su baranda.  
Verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Verde que te quiero verde.  
Bajo la luna gitana,  
las cosas la están mirando  
y ella no puede mirarlas.  
Verde que te quiero verde,  
grandes estrellas de escarcha,  
vienen con el pez de sombra  
que abre el camino del alba.  
La higuera frota su viento  
con la lija de sus ramas,  
y el monte, gato garduño,  
eriza sus pitas agrias.  
¿Pero quién vendrá? ¿Y por dónde?  
Ella sigue en su baranda,  
verde carne, pelo verde,  
soñando en la mar amarga.  
Compadre, quiero cambiar  
mi caballo por su casa,  
mi montura por su espejo,  
mi cuchillo por su manta.  
Compadre vengo sangrando,  
desde los puertos de Cabra.  
Si yo pudiera, mocito,  
ese trato se cerraba,  
pero yo, ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.*

*Compadre quiero morir  
decentemente en mi cama,  
de acero si puede ser,  
con las sábanas de Holanda.  
¿No ves la herida que tengo  
desde el pecho a la garganta?  
Trescientas rosas morenas  
lleva tu pechera blanca.  
Tu sangre rezuma y huele  
alrededor de tu faja,  
pero yo, ya no soy yo,  
ni mi casa es ya mi casa.  
Dejadme subir al menos  
hasta las altas barandas.  
¡Dejadme subir! ¡Dejadme...  
hasta las verdes barandas.  
Barandales de la luna  
por donde retumba el agua.  
Ya suben los dos compadres  
hacia las altas barandas,  
dejando un rastro de sangre,  
dejando un rastro de lágrimas.  
Temblaban en los tejados  
farolillos de hojalata.  
Mil panderos de cristal  
herían la madrugada.  
Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas.  
Los dos compadres subieron.  
El largo viento, dejaba  
en la boca un raro gusto  
de hiel, de menta y de albahaca.  
¡Compadre! ¿Dónde está, dime?  
¿Dónde está tu niña amarga?*



*¡Cuántas veces te esperó!  
¡Cuántas veces te esperara,  
cara fresca, negro pelo,  
en esta verde baranda!  
Sobre el rostro del aljibe  
se mecía la gitana.  
Verde carne, pelo verde,  
con ojos de fría plata.  
Un carámbano de luna  
la sostiene sobre el agua.  
La noche se puso íntima  
como una pequeña plaza.  
Guardias civiles borrachos  
en la puerta golpeaban.  
Verde que te quiero verde,  
verde viento, verdes ramas.  
El barco sobre la mar  
y el caballo en la montaña.*

Vicente Aleixandre, Premio Nobel de literatura, ha sido descrito con numerosos calificativos. Yo me adhiero a los que lo definen como “El poeta que cantó a la luz desde la oscuridad”:

*Pensamiento apagado, alma sombría,  
¿quién tú, que largamente beso?  
Alma o bulto sin luz... o letal hueso que,  
inmóvil, consumió la fiebre mía.  
Aquí, ciega pasión se estrelló fría,  
aquí, mi corazón golpeó obseso,  
tercamente insistió, palpitó opreso.  
Aquí, perdió mi boca su alegría.  
Entre mis brazos, ciega te he tenido.  
Bajo mi pecho, respiraste amada...  
y en ti vivió mi sangre su latido.  
¡Oh, noche oscura! ya no espero nada.*

*La soledad no miente a mi sentido.  
Reina la pura sombra sosegada.*

De Rafael Alberti, poeta clásicamente popular y de vena garcilasista, he seleccionado “La Paloma”, una de sus obras más famosas, y una poesía menos conocida dedicada a Garcilaso de la Vega. Oigamos primero “La Paloma”:

*Se equivocó la paloma,  
se equivocaba.  
Por ir al norte fue al sur,  
creyó que el trigo era agua,  
se equivocaba.  
Creyó que el mar era el cielo;  
que la noche, la mañana.  
Se equivocaba.  
Que las estrellas, rocío;  
que la calor, la nevada,  
se equivocaba.  
Que tu falda era tu blusa  
que tu corazón, su casa,  
se equivocaba.  
Ella se durmió en la orilla,  
tú, en la cumbre de una rama.*

Y ahora el canto al Garcilaso poeta y militar:

*Si Garcilaso volviera,  
yo sería su escudero;  
que buen caballero era.  
Mi traje de marinero  
se trocaría en guerrero  
ante el brillar de su acero:  
que buen caballero era.  
¡Que dulce oírle, guerrero,  
al borde de su estribera!  
En la mano, mi sombrero;*

*que buen caballero era...  
Si mi voz muriera en tierra  
llevadla a nivel del mar  
y dejadla en la ribera.  
Llevadla a nivel del mar  
y nombradla capitana  
de un blanco bajel de guerra.  
¡Oh, mi voz condecorada  
con la insignia marinera;  
sobre el corazón un ancla  
y sobre el ancla una estrella  
y sobre la estrella el viento  
y sobre el viento la vela.*

Dos años antes de su muerte, el poeta chileno Pablo Neruda recibía el Premio Nobel de literatura como reconocimiento a su extensa y valiosa obra, que se inicia con “El Río Invisible” y finaliza con sus memorias “Confieso que he vivido”. Para recordarle aquí he seleccionado un fragmento de “Veinte poemas de amor y una canción desesperada”, la obra que le hizo famoso:

*Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Escribir por ejemplo: la noche está estrellada,  
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos.  
El viento de la noche gira en el cielo y canta.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Yo la quise. Y a veces ella también me quiso.  
en las noches como esta la tuve entre mis brazos.  
La besé tantas veces bajo el cielo infinito...  
Ella me quiso. A veces yo también la quería.  
Cómo no haber amado sus grandes ojos fijos.  
Puedo escribir los versos más tristes esta noche.  
Pensar que no la tengo, sentir que la he perdido.  
Oír la noche inmensa, más inmensa sin ella.  
Y el verso cae al alma, como al pasto el rocío.  
¡Qué importa que mi amor no pudiera guardarla!*

*La noche está estrellada y ella no está conmigo.  
Eso es todo. A lo lejos alguien canta, a lo lejos.  
Mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Como para acercarla mi mirada la busca.  
Mi corazón la busca, y ella no está conmigo.  
La misma noche que hace blanquear los mismos árboles.  
Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero cuánto la quise.  
Mi voz buscaba al viento para tocar su oído.  
De otro. Será de otro. Como antes de mis besos.  
Su voz, su cuerpo claro, sus ojos infinitos.  
Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.  
Es tan corto el amor, y es tan largo el olvido.  
Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,  
mi alma no se contenta con haberla perdido.  
Aunque este sea el último dolor que ella me causa,  
y estos sean los últimos versos que yo le escribo.*

¡De Argentina, un poeta-cantor que no engrasaba los ejes de su carreta:  
Atahualpa Yupanqui! Exiliado en París, nos legó poesías tan bellas como ésta:

*Tú piensas que eres distinto  
porque te dicen poeta,  
y tienes un mundo aparte  
más allá de las estrellas.  
De tanto mirar la luna  
ya nada sabes mirar.  
Eres como un pobre ciego  
que no sabe adónde va...  
¡Vete a mirar los mineros,  
los hombres en el trigal,  
y cántale a los que luchan  
por un pedazo de pan!  
¡Poeta de tiernas rimas,  
vete a vivir a la selva,*

*y aprenderás muchas cosas  
del hachero y sus miserias!  
¡Vive junto con el pueblo,  
no lo mires desde afuera,  
que lo primero es ser hombre,  
y lo segundo, poeta!  
De tanto mirar la luna  
ya nada sabes mirar.  
Eres como un pobre ciego  
que no sabe adonde va...*

Como por su “Rayo que no cesa...”, Miguel Hernández vió fulminada su carrera y su vida prematuramente, privándonos, sin duda, de nuevas joyas literarias. No obstante, encontró espacio en su breve obra poética para hablarnos de la añoranza, del dolor, de la esperanza y, sobre todo, de la injusticia, allí donde estuviese. Un buen ejemplo de esto último es “Andaluces de Jaén”:

*Andaluces de Jaén,  
aceituneros altivos,  
decidme en el alma: ¿quién,  
quién levantó los olivos?  
No los levantó la nada,  
ni el dinero, ni el señor,  
sino la tierra callada,  
el trabajo y el sudor.  
Unidos al agua pura  
y a los planetas unidos,  
los tres dieron la hermosura  
de los troncos retorcidos.  
¡Levántate, olivo cano,  
dijeron al pie del viento,  
y el olivo alzó una mano  
poderosa de cimientto.  
Andaluces de jaén,  
aceituneros altivos,*

*decidme en el alma: ¿quién,  
amamantó los olivos?  
Vuestra sangre, vuestra vida,  
no la del explotador...  
que se enriqueció en la herida  
generosa del sudor.  
¡Cuántos siglos de aceituna,  
los pies y las manos presos,  
sol a sol y luna a luna,  
pesan sobre vuestros huesos!  
Andaluces de jaén,  
aceituneros altivos,  
pregunta mi alma: ¿de quién,  
de quién son éstos olivos?*

“Andaluces de Jaén” podría poner punto final a esta “Breve antología de poesías en castellano”, pero me resisto a que no esté presente en este recital, un género poético muy arraigado en nuestra sociedad: la poesía popular.

Textos de los Quintero, Duyos, Carrión, Luna, León y un largo etcétera, dieron voz y sentimiento al pueblo llano, a través de la poesía popular y también a través de las letras de las coplas. De entre todas sus creaciones, sobresale una elegía que Rafael de León escribió tras la muerte de su querido y admirado maestro Federico García Lorca. No sólo destaca por su belleza, también por lo original que resulta que incluyese en el poema algunos de los versos y personajes más celebrados de la obra del poeta granadino.

*Lo mataron en Granada  
una tarde de verano  
y hasta el cielo gaditano  
recibió la puñalada.  
Por el olivar venían,  
bronce y sueño, los gitanos.  
En la palma de las manos  
como un niño lo traían.  
No te vayas, buen amigo,  
quédate aquí con nosotros;*

*están saltando los potros  
junto a lo verde del trigo.  
Rosa la de los Camborios  
gime sentada a la puerta  
entre paños mortuorios.  
A la luz de los velorios,  
con pena de jazmín chico,  
cual dos palomas sin pico,  
muestra sus pechos helados,  
heridos y acuchillados  
lo mismo que Federico.  
Ignacio Sánchez Mejías,  
con toda su muerte al hombro,  
sale pálido de asombro  
a las barandas sombrías.  
Dentro de su traje oscuro  
te nombra Bernarda Alba.  
La tarde pinta de malva  
la rosa blanca del muro.  
¿De quién es este lamento  
que sobre la noche rueda?  
De Marianita Pineda,  
que está bordando en el viento.  
¿Qué bordas Marianita,  
sobre esa tela?  
La flor para una cita  
que me desvela.  
¡En seda cuaja  
lo que Granada grita  
que es la mortaja!  
Desde su balcón volado,  
pálida, triste y mocita,  
te llama doña Rosita,  
con el aliento apagado.*

*¿Quién cambió los papeles  
en el piano?  
¿Quién sacó los claveles  
de mi verano?  
¡Ay, qué tormento!  
¿Dónde estás, primo hermano  
que no te siento?  
Antonio Torres Heredia,  
Camborio de dura crin,  
llora al filo de la media  
noche por el Albaicín.  
¿Adónde vas, amigo,  
con tu secreto?  
Te llevarás contigo  
voz y soneto.  
¡Cómo gemía  
dentro de tu esqueleto  
la poesía!  
Sobre el hoyo de la cama,  
donde su flor se le mustia,  
igual que un río de angustia,  
una mujer se derrama.  
Grito preñado de Yerma  
al que el hijo no responde:  
¡A la nana, mi niño,  
que es madrugada!  
¡A la nana, cariño,  
flor de Granada!  
Si yo pudiera  
quedarme embarazada,  
yo te pariera.*

Y esto ha sido todo. Gracias.



## Nota biográfica

Victor Agramunt, uno de los grandes actores de doblaje de nuestro país, ha pulsado –y continúa pulsando– todos los registros de la interpretación: locutor, actor y director de radio, presentador de televisión, actor de teatro en España y en festivales internacionales, profesor de Comunicación radiofónica, adaptador de diálogos, actor y director de doblaje para cine y televisión. Algunos de los doblajes más destacados como actor han sido: James Dean en “Al este del edén”, Timothy Bottoms en “Y Johnny cogió su fusil”, Ryan O’Neal “¿Qué me pasa, doctor?”, Michael Sarrazine en “Danzad, danzad, malditos”, Dustin Hoffman en “Kramer contra Kramer”, Brad Davis en “El expreso de medianoche”, Robert Duvall en “Johnny Q” y Alan Arkin en “Pequeña Miss Sunshine”. Como director y adaptador de series para televisión destacan: “La Joya de la Corona”, “Wagner”, “Las chicas de oro”, “¿Ha llamado el señor?”, “Diagnóstico: asesinato”, “Del amor, la vida y todo lo demás” y “Andrómeda”. Es conferenciante regular de la UMER y autor de los Cuadernos UMER nº 77 *Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra*, nº 90 *La poesía popular*, nº 94 *Una historia del doblaje* y nº 104 *La poesía contemporánea*.

La Universidad de Mayores Experiencia Recíproca (U.M.E.R.) es una entidad estrictamente cultural, independiente de todo credo político o religioso (Art. 4 de sus Estatutos), organizada por profesores jubilados y personalidades de la cultura, con sede en Madrid y de ámbito estatal, cuyos fines son :

- Transmitir a los mayores con curiosidad intelectual, y a los que sin ser jubilados lo deseen, la experiencia acumulada en la vida docente, poniéndola al servicio de la sociedad.
- Fomentar la intercomunicación y la tolerancia.

(Declarada de Utilidad Pública el 1 de marzo de 2007)

Subvencionado por:

